

El sujeto en Bergson

IÑAKI CEBERIO DE LEÓN
UPV/EHU¹

El sujeto en Bergson lo podemos abordar desde dos ópticas complementarias: una óptica epistemológica donde se refleja las diversas formas del conocimiento humano; y la otra ontológica que remite a la pregunta por el ser. Desde ambas ópticas se aborda un camino que va dirigido a un sujeto profundo accesible sólo por la intuición y la introspección. El sujeto bergsoniano es un sujeto subjetivo desde el cual el discurso metafísico cobra sentido.

Empezando por la perspectiva ontológica, nos enfrentamos ante el problema del ser. Bergson en su exposición relaciona este problema con el problema de la vida y de la muerte. Estos dos conceptos se complementan y dotan de sentido a sí mismos. La vida dota de sentido a la muerte, y la muerte dota de sentido a la vida². A esta complementariedad le podemos llamar Vida. El ser, en este sentido, contiene dos variables desde las cuales abordamos este problema: el sujeto y el tiempo.

Hay una correspondencia directa entre las diferentes nociones de tiempo y del sujeto. Al tiempo objetivo le corresponde un sujeto objetivo y al tiempo subjetivo un sujeto subjetivo. El sujeto que le interesa a Bergson es el sujeto subjetivo que es el más inmediato a nuestra propia conciencia, ligado, por consiguiente, también a un tiempo subjetivo.

El sujeto objetivo es el propio del discurso cientificista, pero que no da cuenta de los aspectos más importantes del sujeto como es la libertad humana e incluso la conciencia. El sujeto objetivo es un sujeto objetivado, un objeto fenoménico que sólo da cuenta de la exterioridad observable. Desde esta perspectiva cientificista, el «yo» es la reflexión de sí mismo desde el cual se ordenan y se subordinan todos los acontecimientos que se encuentran bajo su acción. Éste, movido por la inteligencia, dará lugar al egoísmo³, que surge dentro del proceso constitutivo de la psique humana. El egoísmo se opone a los demás como consecuencia directa de la dualización sujeto-objeto como consecuencia directa de la adquisición de identidad. El sujeto convierte en objeto el mundo quedando subordinado a éste para poder manipularlo en función de sus propios intereses. La inteligencia más que llevar al conocimiento nos lleva a la manipulación y control de los objetos, estableciendo una relación jerárquica de poder. Como bien reflejan las teorías psicológicas y psicoanalíticas⁴, la inteligencia ofrece un lugar en el mundo imponiéndose en él y de ahí surge el egoísmo; como la imposición del

1 La presente comunicación se encuadra dentro del proyecto de investigación: *La estética de la ciencia* (9/UPV 00009.230-14269/2001).

2 Levesque, G.: *Bergson: Vida y muerte del hombre y de Dios*. Ed. Herder, Barcelona, 1975, pp. 18-19.

3 «La inteligencia aconsejará, ante todo, el egoísmo, y en esa dirección se precipitará el ser inteligente si nada lo detiene.» Bergson, H.: *Las dos fuentes de la moral y de la religión*. Ed. Tecnos, Madrid, 1996, p. 151.

4 En concreto a la psicología evolucionista de Piaget y al psicoanálisis freudiano.

sujeto en el mundo. Este estatus jerárquico entra en contradicción con los demás dado que el sujeto «inteligente» se intenta imponer con respecto a los otros, ya que estos están reducidos a objetos. De aquí surge el principal inconveniente del orden en la sociedad. El sujeto objetivo o superficial se impone en el mundo y a la vez se separa del mundo, con lo cual crea un entramado de relaciones dependientes que limitan gravemente la libertad del individuo. El sujeto «inteligente» necesita de los demás para mantener su identidad que se sustenta en ese poder jerárquico.

A medida que profundizamos en nuestra conciencia, el yo superficial se va debilitando y nos percatamos del continuo cambio de los sentimientos, la diversidad de las sensaciones y la integración y unidad de nuestras ideas. En el yo profundo sólo hay un único fluir y no hay lugar para distinciones o partes. No hay ni determinismo ni asociacionismo. A partir de la experiencia del tiempo subjetivo, el mecanicismo se disuelve en una unidad accesible sólo por la intuición; donde no hay distinción entre causas y efectos. La intuición del sujeto profundo conlleva la autodeterminación y por consiguiente la libertad.

La crítica de Bergson con respecto a la metafísica tradicional se basa en la objetivación del sujeto y de Dios. Para Bergson tanto «el sujeto» como «la idea de Dios» tienen que subjetivarse ya que son conceptos para ser vividos desde nuestra conciencia más que para ser pensados. El sujeto objetivado es fruto de la inteligencia mientras que el sujeto subjetivado es fruto de la intuición. Hay un proceso evolutivo que va de la inteligencia a la intuición; que va de lo objetivado a lo subjetivado. La propuesta de Bergson es dar este salto cualitativo de lo objetivo a lo subjetivo.

Desde la perspectiva epistemológica nos enfrentamos a los diversos modos de conocimiento. Al igual que en el plano ontológico, nos encontramos con una dualidad, en este caso epistemológica: inteligencia e intuición. La inteligencia se basa en relaciones y por lo tanto no puede aprehender lo absoluto como pretende la filosofía que no apoya la intuición como instrumento epistemológico.

Bergson dirá en su obra *La evolución creadora*:

«si en el instinto y en la inteligencia se considera lo que tienen de conocimiento innato, se hallará que dicho conocimiento innato se refiere, en el primer caso, a «cosas» y en el segundo a «relaciones»...»⁵

«la inteligencia, en lo que tiene de innato, es el conocimiento de una «forma»; el instinto implica el conocimiento de una «materia»...»⁶

En este sentido no sólo ha muerto Dios, como dijera Nietzsche, sino que la filosofía también ha muerto, porque es incapaz de dar cuenta de la primera causa⁷, de la materia, solamente accesible desde la intuición. La filosofía nos habla de relaciones y formas no abarcando el aspecto más inmediato de la realidad. El pensamiento humano ha de recuperar su lugar dentro del saber sin competir con la ciencia ya que ésta se dedica a otro orden del conocimiento humano. Para Bergson, la ciencia tiene que dedicarse al estudio de lo externo y la filosofía de lo interno. De esta manera, ciencia y filosofía se complementan de la misma manera que los procesos cognitivos del ser humano: la ciencia con el uso de la inteligencia y la filosofía con el uso de la intuición. Abordar, por ejemplo, la psique humana con categorías científicas, como hace el conductismo, es reducir y esclerotizar la conciencia, no llegando a comprender el funcionamiento dinámico de ésta.

5 Bergson, H.: *La evolución creadora*. Ed. Espasa-Calpe, Madrid, 1985, p. 138.

6 *Ibid.*, p. 139.

7 Morente, M. G.: *La filosofía de Henri Bergson*. Ed. Espasa-Calpe, Madrid, 1972, pp. 29-30.

La inteligencia es una función cognitiva del ser humano que permite conocer el mundo material. La principal característica de la inteligencia consiste en la fijación de la materia por medio de la matemática (geometría y aritmética) que permite el cálculo y la previsión. Así mismo, la inteligencia es un instrumento útil que nos permite instrumentalizar el mundo, pero no conocerlo en última instancia, además, nos lleva a errores como por ejemplo a la hora de concebir el tiempo, el movimiento y la misma conciencia. Hay que tener en cuenta que el sistema nervioso humano y las percepciones están orientados para la acción y la supervivencia y no para el conocimiento⁸.

La inteligencia lleva a una confusión con respecto al tiempo: entre el tiempo vivido (psicológico) y el tiempo medido (físico) que es el tiempo que utilizamos para fijar y manipular la experiencia. El tiempo de la ciencia (tiempo medible) elimina su principal característica que es la continuidad. El tiempo se concibe como si fuese espacio y de ahí surgen las paradojas de Zenón⁹ que extrapolando la divisibilidad espacial la llevamos al tiempo y lo dividimos de igual manera. Entonces ocurre la paradoja de la flecha que nunca llega. El hecho de que realmente la flecha llega quiere decir que el razonamiento no es correcto, y hemos concebido de una manera errónea la noción de tiempo. El movimiento de la flecha no se puede reducir al espacio porque entonces deja de ser movimiento y queda anulado. Aunque el tiempo lo podamos ver de una manera espacial en un eje de coordenadas no responde a que tenga la misma naturaleza que el espacio. Lo mismo sucede con los estados de conciencia. Estos quedan fijados espacialmente y se anulan. No hay estados de conciencia pues la conciencia al igual que el movimiento es dinámica y continua. La conciencia está siempre en el presente como prolongación del pasado y no hay forma de separarla al igual que no podemos separar el tiempo. A partir de esta concepción espacializada del tiempo no se puede comprender la libertad humana porque precisamente ésta descansa sobre una conciencia subjetiva de la experiencia de la misma manera que el tiempo subjetivo.

La conciencia queda registrada dentro de la memoria. Hay dos clases de memoria: una memoria del cuerpo y otra del espíritu. La memoria del cuerpo es una memoria mecánica que utilizamos para aprender, por ejemplo, la tabla de multiplicar. La memoria del espíritu corresponde a la conservación de todo lo que acontece en la psique. No exige esfuerzo como la memoria mecánica. En la memoria espiritual encontramos la expresión del alma; es la conciencia misma que organiza todos los procesos psíquicos. El cerebro no es la sede de los recuerdos sino el lugar donde el espíritu actúa sobre el mundo. La memoria bergsoniana no es cerebral sino espiritual. La memoria tiene un carácter ontológico de nuestro espíritu. El tiempo real es el de nuestra conciencia y no el del reloj. El sujeto real es el que intuimos en nuestra interioridad, no el que vemos en el espejo. Memoria, sujeto profundo, conciencia son manifestaciones del espíritu.

Así, la única manera de abordar los problemas metafísicos que se ocupan de la esencia de las cosas, más allá de las relaciones que podemos establecer desde nuestro mundo físico, es por medio de la intuición que en Bergson es el método. Como indica Deleuze en su ensayo sobre la obra de Bergson: «La intuición no es un sentimiento ni una inspiración, no es tampoco una simpatía confusa, sino un método elaborado, incluso uno de los métodos más elaborados de la filosofía.»¹⁰

La intuición es el retorno del yo al sí mismo: del sujeto objetivo al sujeto subjetivo. La inteligencia nos pone frente a los demás porque convierte el sujeto en absoluto. La importancia que con-

8 Chacón, P.: *Bergson o el tiempo del espíritu*. Ed. Cincel, Madrid, 1988, p. 85. Ver Ursua, N.: *Cerebro y conocimiento: un enfoque evolutivo*. Ed. Anthropos, Barcelona, 1993, p. 114.

9 Bergson, H., 1985, *Op. Cit.*, pp. 269-273.

10 Deleuze, G.: *El bergsonismo*. Ed. Cátedra, Madrid, 1987, p. 9.

cedemos a la inteligencia está en función de las necesidades egoicas. A medida que desarrollamos la intuición profundizamos a su vez en el *sí mismo* al margen de las categorías espacio-temporales. Un sujeto que acepta el devenir es un sujeto que vive la vida en su máxima expresión y en su máxima continuidad. Las categorías temporales de pasado, presente y futuro se condensan en la unidad de la propia experiencia (conciencia) conformando la personalidad del individuo. Bergson comenta al respecto:

«Nuestra duración no consiste en un instante que reemplaza a otro instante; sólo habría entonces presente, y no una prolongación del pasado en lo actual, una evolución, una duración concreta. La duración es el continuo progreso del pasado que va comiéndose al futuro y va hinchándose al progresar. Desde el momento en que el pasado se incrementa sin cesar, también se conserva indefinidamente. (...) El pasado se conserva por sí mismo, automáticamente. Todo él nos sigue en todo momento: lo que sentimos, pensamos y quisimos desde nuestra primera infancia está ahí, inclinado hacia el presente que va a juntarse con él, presionando contra la puerta de la conciencia que quisiera dejarlo afuera.»¹¹

Cada instante es un momento valioso para ser vivido al margen de la conceptualización. Digamos que es en el proceso conceptual de la inteligencia humana cuando nos salimos del tiempo y de la vida, viviendo bajo la ilusión de las ideas y no de la vida en cuanto tal.

El conocimiento de nosotros mismos es un conocimiento subjetivo e intuitivo. Por más que nos empeñemos no es posible objetivizar nuestra interioridad. Cualquier emoción se queda corta en palabras por muy poetas que seamos. Siempre queda algo sin expresar. Si recurrimos a una descripción conceptual de nuestra interioridad resultan insuficientes por su inevitable inadecuación. Los conceptos señalan lo inmóvil, lo general, lo común, y nada de nuestra interioridad se deja atrapar por estas categorías¹². De ahí esa imposibilidad por controlar nuestro interior sin caer en la represión. ¿Cuántas veces hemos sentido emociones aparentemente contradictorias como por ejemplo amor-odio hacia una persona? La interioridad humana es dinámica y cualitativa. Las emociones y sentimientos son una cuestión de grado e intensidad y no de cantidad. La contradicción es la norma así como su inefabilidad.

El conocimiento intuitivo es un conocimiento simbólico que sugiere y evoca un mundo en continuo devenir. De ahí la riqueza de esta forma cualitativa de conocer que no discrimina el conocimiento intelectual sino que lo complementa y lo amplía. Manuel García Morente comentando la obra de Bergson propone la intuición como consciencia del instinto¹³. El instinto como la intuición es un conocimiento que surge de la interioridad procedente de los propios genes. No es un conocimiento basado en la experiencia inmediata. Muchos descubrimientos científicos proceden de la intuición y aunque no podamos explicar en términos formales cómo surge la intuición, sí que ha jugado un papel destacado en el desarrollo de la ciencia. Sin embargo, en ámbitos creativos como la poesía, la pintura, etc., la intuición es el principal instrumento del artista.

11 Bergson, H., 1985, *Op. Cit.*, p. 18.

12 Morente, M. G., *Op. Cit.*, p. 47.

13 *Ibid.*, p. 48.

Las principales características de la intuición son:

1. Es un conocimiento inmediato que te conecta directamente con el objeto. La distinción sujeto-objeto se diluye en una simbiosis epistemológica y ontológica.
2. Capta la realidad del movimiento que caracteriza a la vida, el espíritu y el universo. Se integra en la dinámica de la realidad sin necesidad de fijarla como sucede con el lenguaje.
3. Capta la realidad en su globalidad y unidad sin distinciones ni divisiones artificiales.
4. Es un conocimiento que se adapta a lo concreto.
5. Da cuenta de lo nuevo adaptándose constantemente a una realidad en continuo cambio.
6. El conocimiento intuitivo se obtiene por esfuerzo, no es algo que viene dado sino que se requiere un trabajo de interiorización previo.
7. La intuición si bien no puede expresarse con la máxima veracidad sí que puede sugerirse.

El auténtico conocimiento viene de la intuición como principal característica del espíritu. Es una experiencia metafísica a partir de la cual nos ponemos en contacto con la realidad de una manera inmediata.

La intuición presenta el problema de su comunicabilidad ya que este conocimiento es totalmente personal y subjetivo. Aún así, es posible la comunicación invitando a la otra persona a que adquiera y desarrolle la intuición¹⁴. La intuición es un conocimiento inmediato e interior que se puede desarrollar y llevarnos a un conocimiento más íntimo de nosotros mismos y de los demás. Por otro lado, la sensibilidad estética y religiosa crece al igual que su disfrute. Con la intuición entramos en el mundo de la evocación, del silencio, de la complicidad entre las personas intuitivas y una sensibilidad exacerbada. Sólo el conocimiento conceptual es expresable con fidelidad por medio del lenguaje. El conocimiento intuitivo es sugerido por un lenguaje simbólico evocando aspectos de la realidad que no son expresables de una manera conceptual.

La ventaja que presenta la intuición frente a la inteligencia es que ahí donde fracasa la inteligencia, como pueden ser todos los fenómenos en el que está implicado la duración, la intuición se muestra como la única forma de conocimiento. De hecho, Bergson quería desarrollar la filosofía gracias al método intuitivo de una manera tan precisa como la ciencia misma, tratando de esta manera las cuestiones metafísicas con la misma precisión que la ciencia trata con las cuestiones físicas¹⁵, y solventar un dilema que ha perdurado a lo largo del pensamiento humano: «*Hay cosas que sólo la inteligencia es capaz de buscar, pero que, por sí misma, no hallará jamás. Esas cosas sólo las hallaría el instinto; pero éste nunca las buscará.*»¹⁶

El sujeto objetivado y producto de la razón da lugar a un sujeto que está dormido y cuyo existir queda relegado al uso de la razón. Es en el existir donde encontramos una vida enriquecida por la toma de conciencia de nuestro propio ser¹⁷. Pero esta toma de conciencia con respecto a nuestro ser y a la vida en sí, es fruto de la intuición como facultad interna. Por medio de la inteligencia comprendemos un mundo quieto y por lo tanto al margen del tiempo. Como bien señala Bergson, el tiempo es movimiento y duración pura. Si pensamos en el tiempo, intuimos en nuestra conciencia como un fluir continuo; al igual que el reloj de arena, una continua caída de arena. Pero cuando utilizamos el tiempo nos remitimos a un concepto abstracto que sirve de receptáculo al rastro inmóvil

14 Parece ser que entre dos personas que poseen una intuición bastante desarrollada se establecería cierta complicidad donde el lenguaje no haría falta para comunicarse. Algo parecido sucede en la relación madre e hijos cuya intuición, a veces llamado como instinto materno, produce una comunicación no verbal.

15 Deleuze, G., *Op. Cit.*, p. 10.

16 Bergson, H., 1985, *Op. Cit.*, p. 141.

17 Levesque, G., *Op. Cit.*, p. 101.

del movimiento. En otras palabras, el tiempo de los calendarios y de la física es una fotografía de un instante; un movimiento quieto y en esa quietud ya no hay tiempo. En el momento que paramos el tiempo lo matamos, pues su principal característica es precisamente el constante devenir¹⁸. Ante el tiempo muerto sólo nos queda espacio inmóvil, quieto y sobre esta quietud la ciencia construye el conocimiento humano. La finalidad de la ciencia queda al descubierto pues no busca el saber sino la manipulación del mundo bajo la voluntad humana. El mundo queda cosificado, así como la vida, el propio sujeto, todo con el fin de que esté bajo control. El pensamiento positivista no sólo ha matado la idea de Dios sino también la idea de Mundo y al propio sujeto; ha matado toda idea trascendental que no se deja inmovilizar. La muerte del sujeto es un renacimiento al sujeto muerto por la ciencia y la cultura que consiste en despertar la subjetividad de la vida en la experiencia íntima de cada uno. En otras palabras, aflorar la intuición que todos llevamos dentro.

La crítica de Bergson a la ciencia se centra en la ausencia de intuición que permitiría otra forma de conocer o de abordar los problemas científicos; al menos de una manera más creativa. Introduciendo la intuición dentro de la ciencia, las teorías científicas como la Teoría de la Evolución¹⁹, o la Teoría General de la Relatividad²⁰ no caerían en perspectivas erróneas con respecto a los conceptos de evolución y de tiempo.

La labor de la filosofía consistiría en la unificación del conocimiento para una comprensión más profunda que la que ofrece la ciencia, y a su vez, una nueva forma de comportamiento como expresión de una conciencia ampliada.

La inteligencia dualiza la realidad creando la distinción entre sujeto y objeto. Para Bergson en nuestro interior encontramos las fuerzas que trabajan en todas las cosas y que unifican la dualidad sujeto y objeto. Nuestro interior es de la misma naturaleza que el exterior. No hay diferencias. Desde una perspectiva objetiva hay un sujeto (ente interior) que conoce la materia (ente exterior) por medio de la inteligencia. Y desde una perspectiva subjetiva no hay un sujeto que conoce el mundo sino que lo interior y lo exterior forman parte del ser que cobra conciencia de sí mismo gracias a la intuición. Lo exterior y lo interior forman parte de la misma mirada. La intuición unifica lo que la inteligencia ha separado. El conocimiento se transforma en vivencia, y deja de ser un conocimiento abstracto para convertirse en un conocimiento concreto y vivido.

Gracias a la intuición podemos acceder a la realidad cuando dejamos de lado el lenguaje, los recuerdos, los conocimientos físicos, y nos adentramos en nuestra propia interioridad; cara a cara con nuestra propia conciencia. Es entonces cuando contemplamos el espíritu de una manera directa y sin mediaciones ni interpretaciones. Estamos ante el reino de la cualidad pura. El problema estriba en la imposibilidad de expresar con fidelidad las intuiciones y la realidad. El filósofo francés desconfía del lenguaje por su naturaleza discontinua frente a la realidad que es continua. Por su naturaleza, el lenguaje fija e inmoviliza una realidad que está en continuo cambio proporcionando una ilusión de permanencia. El lenguaje surge del mundo fenoménico y por lo tanto no es un instrumento idóneo para expresar lo espiritual. Por otro lado, produce una serie de problemas filosóficos en cuanto que genera de una manera acrítica pseudoproblemas que se transmiten de generación en generación. El lenguaje cumple una función biológica y social, pero no una función cognoscitiva. Al igual que la inteligencia, el lenguaje facilita la vida práctica; pero a la hora de conocer el mundo y la realidad se muestra insuficiente.

18 Morente, M. G., *Op. Cit.*, p. 73.

19 Ver la obra de Bergson: *La evolución creadora*. Espasa-Calpe, Madrid, 1985.

20 Bergson realiza una crítica a la Teoría General de la Relatividad de Einstein en: *ŒUVRES*, Ed. Presses Universitaires de France, Paris, 1959, pp. 1280-1283.

De ahí que Bergson deje al lenguaje en un segundo plano como condición necesaria de alcanzar la intuición que nos pondría directamente con la realidad. Esta actitud silenciadora del lenguaje modificaría la actitud frente a la vida ya que no estaríamos sometidos por los prejuicios y preconicionamientos que el lenguaje nos impone dado su uso y forma de reflejar la realidad.

Volver al sí mismo es salirse del tiempo y del espacio como categorías observables y objetivables. Salirse del tiempo que transcurre en un eterno presente; y del espacio porque no hay un espacio exterior frente a un espacio interior, sino el espacio que engloba la exterioridad y la interioridad en una continuidad no separada. En esta expansión la persona pierde su individualidad al no existir el otro ni exterioridad alguna. Estamos ante la dimensión de lo místico que Bergson lo abordó desde la filosofía.